

# FUNCIÓN DE LOS TEXTOS EN LA TRADICIÓN

[THE USE OF TEXTS IN TRADITION]

CÉSAR IZQUIERDO

*Resumen:* En el artículo se reflexiona sobre la función de los textos en la tradición a partir de tres aspectos: 1) la tradición en cuanto no-texto, es decir en cuanto realidad original de la entrega de Cristo en su palabra y en su vida; 2) los textos de la tradición (en primer lugar los escritos del Nuevo Testamento, seguidos por los demás en los que, a lo largo de la historia, queda testimonio de la fe de la Iglesia); y 3) la interpretación de los textos, que toma en cuenta no sólo los criterios que nacen del mismo texto (pre-texto, con-texto y efectos) sino también otros elementos de la tradición que tienen una esencial dimensión hermenéutica.

*Palabras clave:* Tradición, Textos, Interpretación.

*Abstract:* This article reflects on the function of texts in tradition, taking as a starting point these three aspects: 1) Tradition as non-text, that is to say as the original reality of what Christ gave us in His words and in His life; 2) the texts of tradition (first, the writings of the New Testament, followed by the other texts which, throughout history, have borne witness to the faith of the Church); and 3) the interpretation of these texts, which takes into account not only the criteria that emerge from the texts themselves (pre-text, con-text and effects) but also other elements of tradition which have an essential hermeneutic dimension.

*Keywords:* Tradition, Texts, Interpretation.

La cuestión que se nos propone se puede transformar en una pregunta: ¿cuál es la función de los textos en la tradición? Al hacerlo, la forma interrogativa se abre indirectamente a una cierta duda sobre la importancia que para la tradición pueden tener los textos. Al fin y al cabo, ¿no se presenta la tradición de entrada como un no-texto?

## 1. LA TRADICIÓN EN CUANTO NO-TEXTO

Una confirmación de que la tradición se caracteriza precisamente por no ser un texto vendría del modo como se ha planteado la relación entre la Escritura y la tradición. Sin pretender ahora abordar ese tema en su conjunto, a todos resulta familiar la afirmación de la manualística según la cual la tradición es la «*viva vox S. Scripturae*»<sup>1</sup>, es decir, la que da voz, hace vivos a los textos sin ser ella misma texto. (Un eco de esa afirmación ha quedado en DV 8 que se refiere a la «*viva vox Evangelii in Ecclesia*»).

Ante esta observación, puede aducirse con fundamento que el significado de tradición es mucho más amplio que el que se utiliza en la asociación Escritura-tradición. Sin duda es así. Con ello se pone indirectamente de manifiesto un principio básico que se ha de tener siempre e cuenta al referirse a la tradición: que «tradición» es un término que, incluso dentro del ámbito teológico, admite diversos significados y que es fundamental distinguirlos para evitar paralogismos.

La tradición es anterior a la distinción Escritura-tradición porque no se plantea desde la Iglesia sino desde Cristo. Como ha sucedido con otras cuestiones, también en la teología de la tradición ha tenido lugar un centramiento cristológico y trinitario, y, correlativamente, un «descentramiento» eclesial. El principio que rige la tradición es el expresado por Tertuliano en el *De praescriptione haereticorum*: «*In ea regula incedimus, qua ecclesia ab apostolis, Apostoles a Christo, Christus a Deo...*»<sup>2</sup>.

La dimensión cristológica y pneumatológica de la tradición señala su origen y su comienzo. El sujeto primero de la tradición es Cristo, y sólo en cuanto depende de Cristo, también la Iglesia es sujeto. «En la concepción verdaderamente cristiana —ha escrito Kasper— la tradición es autoentrega de Dios a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo y tal autocomunicación está permanentemente presente en la Iglesia. Tradición es *memoria Iesu Christi* que acontece en

1. Cfr. A. LANG, *Teologia Fundamental*, II, Rialp, Madrid 1967, 330.

2. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum* 37,1 (Sources Chrétiennes 46, 275).

el Espíritu Santo»<sup>3</sup>. El Espíritu de Jesús está presente en la Iglesia a la que da la actualidad que le permite vivir en el perenne «hoy» de Cristo. En este preciso sentido es como se ha de entender la expresión «tradición de la Iglesia».

El origen cristológico de la tradición es esencial en sí mismo y también para nuestro interés por la función de los textos en la tradición. El sujeto y el contenido de la tradición es el mismo Cristo que es *quien* entrega y *se* entrega.

Veamos tres textos del *corpus paulinum* que mencionan la entrega de Jesús (en todos ellos la forma verbal es la misma: «*parédoken*», de la misma familia que «*parádoxis*») pero con matices significativos. En el primero, el sujeto de la entrega es el Padre quien «entregó (*paredoken, tradidit*) a su Hijo por nosotros» (Ro 8,32). En el segundo texto (Gal 2,20), el sujeto es el mismo Cristo «que me amó y se entregó (*parédoken, tradidit*) a sí mismo por mí». El tercer texto nombra a la Iglesia como la beneficiaria de la entrega del Señor: «amó a la Iglesia y se entregó (*paredoken, tradidit*) por ella» (Ef 5,25). La entrega final de Jesús en la Cena y en la Cruz suponen la culminación de la entrega primera que es su vida y su enseñanza. En la Cruz, Jesús entregó su espíritu (Jn 19,30), el mismo Espíritu que en el día de Pascua infunde a su Iglesia (Jn 20,22). La entrega de Jesús incluye su propia conciencia, que es, podríamos decir, la interpretación auténtica de su enseñanza y de sus obras. De forma explícita e implícita, Jesús transmite lo que ha visto del Padre y lo que percibe en su conciencia humana sobre su ser y su misión.

La enseñanza y la predicación fueron la actividad fundamental de su vida. No dejó un libro con el núcleo de su mensaje, sino que a través de sus hechos y de sus palabras se entregaba la Palabra que él mismo era. Si un investigador curioso se preocupara por encontrar no sólo las palabras sino los escritos de Jesús tendría, sin duda, razón para desanimarse ya que en los evangelios solamente una vez aparece Jesús escribiendo, y lo hizo con el dedo en un soporte tan efímero como el polvo del suelo (Jn 8,6-8). No hay textos de Jesús, porque él mismo es el dedo de Dios, los trazos en los que Dios ha dibujado su plan y su designio (cfr. Lc 11,20; Ex 31,18: las tablas de piedra escritas por el dedo de Dios). Como escribió Ignacio de Antioquia, «los archivos son Jesucristo: los archivos sagrados son su cruz, su muerte, su resurrección y la fe que viene de Él»<sup>4</sup>.

Después de Cristo, la palabra seguirá siendo de hecho el elemento fundamental de la tradición que es originalmente predicación, «*kerigma*». Mediante la palabra se transmite el testimonio, el relato del acontecimiento de

3. W. KASPER, *Teología e Iglesia*, Herder, Barcelona 1989, 122.

4. *Ad Philadelphos* 8, 2.

Cristo y su anuncio de la salvación. La palabra es al mismo tiempo elemento fundamental del culto cristiano, y alimento de la vida de los creyentes, que no son partidarios de unas ideas sino testigos de Cristo<sup>5</sup>.

La tradición en cuanto palabra pone de manifiesto el carácter vivo del Evangelio, su fecundidad constatada a través del tiempo, su capacidad de ser actual en cada momento, de suscitar desarrollos y manifestaciones de la infinita riqueza del misterio de Cristo; en resumen en ser presencia viva de la actuación del Espíritu de Cristo en todo tiempo y lugar.

Junto al sentido activo de la tradición, muy pronto aparece el aspecto de contenido y el modo como vive y se desarrolla. La tradición entonces incluye el aspecto de *regula fidei o regula veritatis*, que desarrolla sobre todo S. Ireneo, y que es el misterio de Cristo expresado en formas normativas.

Entre los elementos de la tradición se encuentran el testimonio (tanto histórico como vital), la predicación y el anuncio del misterio de Cristo (kerigma y didascalia); la vida de fe de los creyentes; los sacramentos y el culto, y la reflexión que la fe suscita en diálogo con la razón.

## 2. LOS TEXTOS DE LA TRADICIÓN

Llegados a este punto, se hace necesario dar un paso más para afirmar que la tradición que no es un texto, tiene sin embargo sus textos. Más aún, que la tradición ya no puede existir sin textos.

Durante algún tiempo, la Iglesia ha vivido sin la Escritura, exclusivamente del testimonio apostólico y por tanto en un contexto de tradición oral. Pero la tradición oral tiene por sí misma un alcance limitado. Pronto se hizo necesario contar con testimonios de la tradición de Jesús que fueran permanentes, fiables y que se pudieran transmitir como tales aunque los testigos no estuvieran materialmente presentes. Y eso es cabalmente lo que realizan los textos.

Tan pronto desaparecieron los testigos de Jesús y el cristianismo se extendió en el espacio y en el tiempo, el recurso a una pura tradición oral, independiente de la Escritura, se convirtió en arma peligrosa, como mostró la experiencia de los gnósticos que apelaban a una tradición que se vendría trans-

5. «En la fe predomina la palabra sobre la idea y eso la desvincula estructuralmente del sistema filosófico. (...) La fe penetra en el hombre desde fuera y es esencial que venga de fuera. Repito una vez más que la fe no es lo que yo mismo me imagino, sino lo que oigo» (J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, 80. La edición original apareció en 1968).

mitiendo oralmente —y en secreto— en una cadena de personas selectas. La consecuencia era que la tradición perdía su conexión con la Iglesia al quedar reducida a un grupo escogido de «doctores» que serían los verdaderos maestros de la fe, en lugar de los pastores.

Así pues, los textos aparecen en el desarrollo de la tradición cristiana, no en su prístino origen, y suponen una cierta consolidación de la misma. Podría incluso afirmarse que la tradición que se convierte en texto pasa a una dimensión distinta, objetiva, punto de llegada de la tradición en sentido activo, aunque puede convertirse en origen de una tradición particular dentro de la gran tradición.

Lo propio de los textos es su carácter fijo: una vez escrito, el texto cuenta con una normatividad intrínseca que regula su reproducción. El texto puede ser leído o copiado; en ambos casos se trata de reproducirlo fielmente, tal como el autor lo dejó. La modificación del texto en la lectura o en la copia lo corrompe como «aquél» texto y lo transforma en otro distinto con un segundo autor. (Por esa razón, las traducciones son siempre un desafío ya que es el único caso en que la reproducción de un texto admite una modificación que no debe oponerse a la identidad).

No todos los textos de la tradición tienen el mismo valor y significado, ya que su contenido es muy variado. Hay al menos tres tipos de textos de la tradición: textos fundantes, textos histórico-documentales, y textos actuales.

Para lo que aquí nos interesa, son fundamentales, en primer lugar, los textos que contienen los relatos, reflexiones y experiencias fundantes, es decir los libros del NT. Cuando los relatos ofrecen acontecimientos históricos, los textos deben recoger fielmente la realidad de forma que la fidelidad que por su naturaleza demanda la reproducción de los textos vaya precedida por una fidelidad anterior: la de los textos a los acontecimientos. Cuando esto tiene lugar, los textos ponen su contenido al acceso de todos: el testimonio de los hechos y la vivencia que de ellos han tenido los testigos. La lectura de esos escritos adquiere entonces un significado nuevo: no es solamente lectura individual, sino lectura en la comunidad, acto como la Iglesia se manifiesta. El testimonio temprano de S. Justino sobre la celebración de la eucaristía es a este respecto sugerente: «El día que se llama del sol [el domingo], se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y se leen los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas...»<sup>6</sup>.

La *Traditionsgeschichte* que sigue teniendo validez designa el proceso que va del kerigma a los escritos neotestamentarios. Lo que «Cristo Señor promul-

6. *Apología 1*, 66.

gó con su propia boca, fue transmitido por los Apóstoles en la predicación oral y por ellos y otros varones apostólicos en los escritos en los que, bajo la inspiración del Espíritu Santo consignaron el mensaje de la salvación» (cfr. DV 7). La tradición por tanto precede a la Escritura y una vez ésta formada la acompaña aunque con un sentido distinto. A partir de ahora, la tradición y la Escritura se relacionan como cauces a través de los cuales se nos entrega el misterio de Cristo desde la única fuente que es Dios mismo.

El segundo tipo de textos de la tradición comprende lo que la epistemología teológica ha designado con el nombre de *documentos* (para distinguirlo de los llamados *monumentos*) de la tradición. Estos textos dependen en buena medida de los textos fundantes. En cuanto textos que recogen, expresan y transmiten la tradición los documentos son fuentes históricas fundamentales para conocer la vida de la Iglesia en un momento determinado, tal como queda reflejada en escritos parenéticos, doctrinales —los Padres de la Iglesia—, litúrgicos, históricos, teológicos etc. Los textos magisteriales entran en esta categoría, pero con una reserva importante ya que además de ser documentos históricos, tienen un estatuto propio en cuanto documentos de la tradición que gozan de la autoridad de la Iglesia.

Hay, finalmente, un tercer grupo de textos que son los que de modos diversos forman parte de la transmisión de la fe en la actualidad. Son textos que conviven con la palabra, el testimonio vivo, la enseñanza, el culto. Su relación con la tradición no es idéntica a la de los documentos, porque de hecho no son todavía documentos en el sentido técnico-teológico del término. Forman parte de la acción de la Iglesia que anuncia el misterio de Cristo en nuestros días a través de todos los medios con los que tiene lugar la comunicación humana. Si algunos de estos textos reciben un reconocimiento explícito que se mantiene a lo largo del tiempo como expresiones vivas, adecuadas y eficaces del misterio cristiano, pueden llegar a ser documentos.

Es importante señalar que los textos no suponen una reducción de la tradición, como quizás se pensaba cuando era entendida como una fuente doctrinal que completaba la Sagrada Escritura. Más bien sucede lo contrario: los documentos enriquecen a la tradición en la medida en que expresan su progresivo desarrollo, y porque alimentan la interpretación.

### 3. LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS

El Análisis Crítico del Discurso ha señalado dos fases fundamentales de un texto. Según Fairclough «este proceso incluye, además del texto, el proceso

de producción, del que el texto es un *producto*, y el proceso de interpretación para el que el texto es un *recurso*»<sup>7</sup>. El texto es, pues, el recurso del proceso de interpretación, que tiene lugar al poner en juego, junto al texto, el pre-texto, el con-texto y los efectos del texto.

En efecto, todo texto cuenta con un pre-texto —y en otro sentido con pre-textos, en plural— y con un con-texto. El primero abarca las condiciones del sujeto que causativa o dispositivamente hacen posible el texto. A su vez, el con-texto se refiere al conjunto de elementos de naturaleza distinta al texto, y a cuya luz un texto alcanza su mayor significatividad. A otro nivel se sitúan los efectos del texto. Una vez que el texto ha salido del autor, adquiere independencia respecto a éste y provoca diversas lecturas que están en el origen de los efectos de diverso tipo que en cuanto tal texto produce (aquí tiene especial importancia la teoría de la *Wirkungsgeschichte* desarrollada en el ámbito de la hermenéutica bíblica).

Toda interpretación debe tener cabalmente en cuenta esos tres aspectos, y al hacerlo reanuda en cierto modo el carácter vivo de la tradición que quedó objetivada en los textos. A su vez, la interpretación puede ser puesta por escrito dando lugar a un nuevo proceso de interpretación, y así sucesivamente. El resultado, sin embargo, no es una simple sucesión de interpretaciones autónomas, sino un progresivo enriquecimiento del significado original.

Ahora bien, la interpretación de los textos de la tradición cristiana cuenta no sólo con los criterios que nacen del mismo texto, sino con los demás elementos de la tradición que tienen una esencial dimensión hermenéutica. La reflexión cristiana así como la vida, la liturgia y el ministerio en la Iglesia son efecto o reflejo de los textos, y a la vez criterios para su interpretación. ¿Qué es el lenguaje dogmático, sino interpretación auténtica de la Escritura? ¿No es la liturgia celebración e interpretación en acto del mensaje creído? De igual modo, lo que hacen los carismas es llevar a la práctica uno u otro aspecto del misterio de Cristo. Esto sucede en los textos inspirados —que reciben una interpretación auténtica en la Iglesia— y a un nivel distinto también con los documentos de la tradición.

La interpretación de los textos de la tradición es ella misma un elemento de la tradición. Frente a una lectura siempre igual de los textos, la interpretación es actualización igual y distinta al mismo tiempo, con posibilidades creativas, de lo recibido dentro de una tradición. Frente al carácter fijo del texto, la

7. N. FAIRCLOUGH, *Language and Power*, Longman, London-New York 1989, 24. El subrayado es mío.

tradición en sentido amplio permite un mayor espacio de libertad, en cuanto que los criterios de identidad que la rigen responden a una formalidad mucho menos definida que la de la escritura. De hecho, frente a la identidad del texto consigo mismo, la tradición experimenta un progreso (como afirma Dei Verbum, la tradición que viene de los apóstoles progresa en la Iglesia («in ecclesia proficit») con la asistencia del Espíritu Santo). Y es la interpretación la que está detrás del progreso de la tradición que es crecimiento «en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas». Asimismo, los tres factores del progreso de la tradición que enumera el concilio están íntimamente relacionados con la interpretación: la contemplación y el estudio de los creyentes, la experiencia cristiana y la enseñanza de los obispos.

En resumen: Los textos forman en cierto modo como la columna vertebral del organismo vivo que es la tradición. En los textos, se fija y se sintetiza la entrega de Cristo que es palabra y acontecimiento de la historia, dato, por tanto que está en el fundamento del misterio cristiano. Al mismo tiempo, el texto que goza de valor general e intersubjetivo alimenta la comunión de los creyentes a través de la confesión y el anuncio de la fe común.

Por esta y otras razones, los textos desempeñan una función imprescindible en la tradición de la Iglesia. Nunca, sin embargo, los textos son autónomos ni soberanos. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, la fe cristiana no es una religión «del Libro» —de un verbo escrito y mudo, como dice S. Bernardo— sino de la «Palabra» de Dios, del Verbo encarnado y vivo<sup>8</sup>.

César IZQUIERDO  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA

8. CEC 108.